

Ya sabemos que el cuerpo pecaba más bien de pequeño, y yo no escondo que un Bolívar con cuatro palmos más de cuerpo, llenaría el gusto de mis ojos, que disfrutaban viendo los sarmientos en llama del Greco, que se estiran todo lo posible. Sin embargo, aún esto se lo alabo como manera de lealtad a la raza. Nuestro indio-español es pequeño sin la insignificancia del otro mongol, pequeño y eléctrico como el andaluz, o pequeño suficiente como el francés. Hay que bajar a una quebrada de Chile para hallar en el mestizo de vasco cuerpos lanzados con un puñado de barro a la altura posible. Pequeño, don Simón, y lo ágil que se sabe; no cansó monturas, no ladeó sillas, y Edisón diría de él que era la materia de su gusto la bombilla eléctrica que da lo más con lo menos.

Sabemos que a este hombre de bata-

tallas no lo volvió matonesco la montura y que, en cuanto bajaba, era civil, como si al general lo dejase en el estribo, y por añadido tan cortesano, que bailaba como si se pasara el día danzando sobre los tapices.

Servía para muchas cosas, y en esto como en el cuerpo menudo, hay que anotarle el sudamericanismo. Para muchos menesteres servimos, a fuerza de llevar dos y tres sangres, y no somos raza tiesa ni de un sólo pedal.

Fascinante, ágil y definitivo Bolívar.

Hagámosle criatura cotidiana mejor que nombre de aniversario; vivámosle en la permanencia y no sólo en las letras puntuadas de los centenarios.

Vivámosle en la continuidad como se vive una ley; pongámonos a tenerlo por paisaje nuestro, hasta que nos corra por la sangre, hecho la masa de nuestra sangre.

Gabriela Mistral

Sarmiento a los 120 años...

(Viene de la página 156).

superfetación nuestra realidad, según sus ideas, sin haberse extinguido y sí sólo sofocado, las fuerzas disolventes que agitaron nuestra historia en el período que abarca *Facundo*. No se había cambiado una realidad por otra; y, andando el tiempo, desaparecidas las fuerzas de orden que primaron, por capacidad de la minoría, sobre la multitud, habrían de pugnar, eruptivas, por retrotraer al caos latente aún, un mundo de fábrica.

Aquellos hombres no pudieron hacerlo todo y nosotros estamos ahora otra vez, privados de la luz que los alumbró; nosotros que somos hijos de los coetáneos de sus nietos: seres colocados más acá del límite donde termina la experiencia personal de la historia.

No creo, tampoco, que encontremos sus huellas, en el desconcierto que ha seguido al orden que instauraron.

Se da uno a pensar si puede, sin peligros mayores que los males ciertos, precipitarse el proceso de formación de las nacionalidades, y si una civilización puede ser para siempre forjada en el anhelo del bien público; o si es el resultado fatídico y hasta no buscado, de la lenta estratificación y oxidación de los hombres en las ciudades. Es decir: si lo que entendemos por civilización, como: bienestar, cultura, riqueza, jerarquía, amor, es algo que puede llevarse de acá para allá, construirse y ponerse como la levita y la chistera, o si arranca del fondo mismo del pueblo, por intususcepción, de adentro para fuera, y que, al fin, se le queda adherido a la persona, conformándola como la piel.

Pero, lo que entendía por civilización, ¿era para él algo que habría de brotar del suelo argentino, o que trasplantarse o injertarse? Esa barbarie, que advirtió y señaló tocándola punto a punto con el índice, ¿era susceptible de devenir civilización, o era menester que se pu-

siera él, entero, para equilibrarla hasta tanto llegaran de fuera fuerzas de renuevo? Y en última instancia ¿era realmente civilizado todo lo que deseaba encontrar al despertar de su sueño de civilización?

Todo lo vió y todo lo comprendió; tomó lo mejor que halló y se lo trajo, y con eso y con lo que ya teníamos, bueno y malo, se instaló en el centro de las más urgentes cuestiones y comenzó a gritar la verdad.

Emprendió la clasificación de los valores, con la precisión de un botánico o de un zoólogo que clasificara una flora silvestre o una fauna salvaje. Decía: «esto es bárbaro», y tenía razón; de manera que ni sus vejámenes nos humillan. Eramos bárbaros y él se ponía en bárbaro, a fin de que halláramos al mismo tiempo en qué éramos también civilizados.

No se equivocó en indicar lo que podíamos utilizar como levadura y abono de los detritos del pasado inmediato, ni en qué habíamos de abjurar de una vez y para siempre de nuestros antepasados.

Sería muy interesante seguir a lo largo de su obra el maravilloso trabajo de araña, que hizo para tramar nuestra realidad. Ver qué hilos toma, cómo los anuda y cuáles deja sueltos. Pues por muy caprichoso e impulsivo que se le juzgue, por muy veleidoso y espontáneo, es lo cierto que desde su infancia a su vejez, toda su existencia se orienta en una misma dirección y que toda su obra escrita y hecha, tiene la bella unidad de su vida.

Sólo en él tiene sentido categórico esa palabra vaga y de tan relativo significado: «civilización». En sus manos y en su boca todos comprendemos lo

que quería decir, como entendemos bien por «barbarie», tantas veces escrita, algo que no le está opuesto diametralmente, sino que, más bien, está implícito en lo otro.

Si se le hubiera apurado, estoy seguro de que habría dicho: civilización y barbarie son sinónimos entre nosotros; con la diferencia de que civilización es lo que seremos y barbarie lo que hemos sido.

Tanto uno como otro concepto, usados con precisión y en sentido concreto, cierran un ciclo, una totalidad. Eso somos y eso fué lo que Sarmiento comprendió como ningún otro argentino: ambos factores como términos de una ecuación.

Junto a él los adalides de la cultura, de la reorganización, son unilaterales y fragmentarios. Basta que alguien se le enfrente, como Alberdi, para advertir esa limitación junto a un cosmos completo. Punto por punto, especialidad por especialidad, podían aventajarle; pero ¿quién como él procedía en vista del conjunto, de la totalidad?

Es indiscutible que a pesar de sus contradicciones aparentes, Sarmiento es un sistema; el más adecuado, no solamente a la realidad argentina, sino a la americana, que es el segundo estadio de su concepción. Porque lo que él concebía como totalidad nacional, formaba parte integrante, a su vez, de otra unidad continental. Al proceder en vista de lo argentino tenía presente lo americano, que tan profundamente conocía, y sólo así se explica que lo que en su tiempo era verdad sigue siéndolo hoy; que los problemas que planteaba participaban a la vez de la inmediata realidad argentina y de un orden de cosas continental. Ya decía él: «Tal como el río Uruguay se confunde a cierta altura con el Paraná, para formar el Plata, así ambas Américas, moviéndose con movimiento diverso, pobladas por nacionalidades distintas, acaban por ser una América.»

A ciento veinte años de su nacimiento, este hombre ha variado tan poco, o tanto, siempre coordinadamente, como la realidad argentina; pues ésta y él caminaron juntas. Únicamente envejeció en él lo que envejeció en ella. Pero en ambos engranan bien. En lo que ya se cumplió, en lo que ya es pasado, su obra caducó también; en lo que todavía es presente, Sarmiento está de actualidad; en lo que aún no hemos realizado, sigue siendo profético. Mas de ninguna manera podremos decir que lo hemos dejado en zaga. Por eso no es paradójico decir que la República es el equivalente del sueño de Sarmiento, bien que sus sueños ya estuvieran condicionados por la realidad, más bien la históricamente posible que la real. A tal punto, que sería imposible hoy investigar nuestro haber sin hallar en su obra páginas enteras que la reflejan con especular fidelidad.

Lo que en sus años de lucha era malo, sigue siéndolo; allí donde él encontró la veta, yace aún el oro; lo que era peso inerte, gravita todavía y vuela aquello a que le puso alas.

Ezequiel Martínez Estrada